



● PACO NOVELTY

Suárez y Azcuna : Estudiantes de Salamanca

HAY ocasiones en las que el protagonista público de nuestra ciudad y sobre todo de nuestra Universidad, ofrece, entre muchas penurias y contrariedades, algunos sólidos motivos para sentirnos orgullosos de sus aulas y de los que las tutelan.

Digo esto a propósito de los dos duelos más recientes de los políticos, Adolfo Suárez e Iñaki Azkuna, que como saben los lectores han llenado páginas y páginas de prensa y exagerada programación en los medios para dar cuenta de sus múltiples virtudes públicas, muy reconocidas ahora, sobre todo las de Suárez, por parte de los que contribuyeron a su defenestración, desde una implacable oposición y sobre todo desde las filas caínitas de su propio partido.

Pero no quería yo tratar aquí tales asuntos que muchas plumas ya han escurrido hasta la saciedad, sino desvelar con el corazón todavía afectado por la emoción, lo que escuché decir al difunto alcalde de Bilbao en

una de sus últimas entrevistas, la que le hizo en noviembre del año pasado Julia Otero para Onda Cero, cuando con la voz ya quebrada por la enfermedad, pero con admirable entereza confesó ante el micrófono, que sus dos mayores orgullos como político y como ciudadano, había sido recibir la Legión de Honor de la República Francesa y el incomparable —dijo textualmente— reconocimiento de ser Socio de Honor de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de Salamanca, distinción que también alcanzó por indiscutibles méritos propios el loado Presidente Suárez.

La desgracia y la casualidad se han confabulado para que dos de nuestros más ilustres estudiantes, desaparezcan con pocas horas de diferencia, pero creo que hay que reseñar con orgulloso acento local, que dos personas tan singulares y de tan gran protagonismo público se formaran en las aulas de nuestra Universidad, y no sólo eso sino que mantuvieron a lo largo del tiempo, los vín-

culos que establecieron con la ciudad en sus días de estudiantes y airearon con entusiasmo su condición de antiguos alumnos.

Y qué mayor prueba de su afecto, sobre todo del doctor vasco, que sus frecuentes visitas a la ciudad, con parada obligada en el Bar Plus Ultra y en casa del ilustre Ignacio Galán, que ayer mismo escribía su emocionado obituario en las páginas de este periódico.

Allí en aquel mostrador del Plus, nos lo presentó Manolo un caluroso mediodía de Ferias de hace unos años y tras el apretón de manos y la sonrisa del alcalde, adivinamos un personaje humano y tolerante, que como ya se ha dicho dejó su ciudad en todo lo alto y sin un euro de deuda pública tras quince años de formidable mandato.

Ambos, Suárez y Azcuna, hicieron de nuestro país un lugar más próspero y más libre y acrecentaron el reconocimiento de nuestra Universidad, a la que han devuelto con creces el prestigio de sus licenciaturas.